

LA JIBARIZACION DE LA CLASE OBRERA *

Javier Martínez

Eugenio Tironi

* El presente artículo es la Introducción al libro de los autores Clase Obrera y Modelo Económico. (Un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1973-1980), de próxima publicación en Programa de Economía del Trabajo, Academia de Humanismo Cristiano.

La teoría de la expansión creciente de la clase obrera, de su peso cada vez mayor en la sociedad y en la economía y de su carácter de soporte del antagonismo fundamental del capitalismo (y portadora al mismo tiempo del único proyecto histórico consecuente para su superación) pareció por largo tiempo tener base empírica en lo que constituía el modo de desarrollo característico de Chile. Su validación no parecía requerir de complejas fundamentaciones teóricas, en la medida en que, desde la década de los años 30 en adelante, el propio desenvolvimiento de la historia parecía afirmar sus premisas: el despliegue de la industrialización, el afianzamiento de un mercado nacional para sus productos, la diversificación y ampliación del sistema productivo, la creciente interdependencia entre las actividades económicas, la expansión del empleo industrial, la progresiva concentración urbana y las tendencias a la socialización de la vida colectiva (1), eran todos los elementos que parecían asimilar el desarrollo del capitalismo en Chile al modo típico-ideal que la economía política clásica ofreciera del desarrollo de este modo de producción.

El modelo debía quizás adecuarse a las complejidades de una economía dependiente y heterogénea, dinamizada por el Estado, pero continuaba siendo la base del razonamiento teórico (y especialmente político) de los sectores que buscaban un cambio social de signo socialista: parecía, en efecto, que solamente el reconocimiento en esa interpretación podía dar respaldo a la idea de que un programa de ese carácter era "objetivamente" viable: el mecanicismo ideológico contribuía, entonces, a dar mayores fundamentos a la po-

(1) Estos rasgos constituyen lo que en la literatura latinoamericana sobre el desarrollo ha sido denominado el "modelo de crecimiento hacia adentro" o de "industrialización desde el Estado vía sustitución de importaciones".

lítica que el análisis riguroso de los hechos (1).

Las tesis mecanicistas sobre el desarrollo de la clase obrera, y de la potencialidad de transformación histórica derivada de su propia ubicación y dinámica estructural, han tenido como se sabe dos grandes vertientes en el pensamiento socialista: la primera vinculada a la tradición de la socialdemocracia alemana (principalmente a Kautsky), que sostiene que el acceso al poder de la clase obrera es ineluctable justamente por ser el capitalismo un modo de producción extraordinariamente dinámico y expansivo. La segunda vinculada a la tradición bolchevique, que afirma el imprescindible acceso al poder por parte de la clase obrera en las áreas subdesarrolladas precisamente por lo contrario, es decir, porque el capitalismo allí sería incapaz de provocar un crecimiento acelerado de la base económica. Las versiones latinoamericanas de estas corrientes son ampliamente conocidas (2).

La experiencia chilena reciente, sin embargo, vuelve a poner en evidencia que existen caminos alternativos de desarrollo y profundización de las relaciones sociales capitalistas; caminos que no implican, al mismo tiempo, el crecimiento de sus propios "sepultureros", como llamara Marx a la clase de los obreros modernos en su célebre "Manifiesto Comunista"; ni un estancamiento económico que encontraría su solución solamente a través de la revolución proletaria.

El Régimen Militar que rige al país desde el Golpe de Estado de 1973 ha implementado un estilo de desarrollo que pretende sustituir globalmente el modelo de "crecimiento hacia adentro", en un esfuerzo por asegurar la pervivencia del amenazado sistema capitalista chileno. Su implementación ha significado la reducción del tamaño del Estado y la centralización del poder económico en grupos privados, la apertura de la economía al exterior y la liberalización de los mercados para efectivizar -por su intermedio- tanto la reasignación de recursos conforme a las "ventajas comparativas" de Chile en la economía internacional, como una distribución del ingreso "racional", no interferida por presiones políticas (de masas) canalizadas por el poder público. Como resultado, se ha generado un sistema dual con un segmento dinámi-

(1) Los destacados esfuerzos de las ciencias sociales latinoamericanas en las dos décadas recientes estuvo orientado a discutir la validez de este modelo clásico de interpretación: dos ejemplos sobresalientes en el campo específico de la estructura social son los estudios de Slavinsky (Los cambios estructurales del empleo en el desarrollo de América Latina, Boletín Económico de América Latina, Vol. X, N° 2, 1965) y F. Cardoso y E. E. Lin (La industrialización, Estructura Ocupacional y Estratificación social en América Latina", en Cuestiones de Sociología del Desarrollo, Ed. Universitaria, Santiago, 1968). Lo curioso fue sin embargo, la escasa incidencia de esos trabajos en las formulaciones programáticas de las fuerzas políticas de signo socialista.

(2) Un interesante estudio crítico al respecto puede encontrarse en Fernando Mirás:

"El subdesarrollo del marxismo en América Latina", policopiado, R.F.A., 1977.

co localizado en ciertas actividades primarias de exportación (y, en un grado menor, en la producción de servicios y bienes durables dirigidos a una concentrada demanda interna); mientras la industria se sitúa, en general, en el polo más deprimido, afectada por su escasa aptitud exportadora y por la desprotección arancelaria.

En esta experiencia se constata, por lo tanto, que la expansión y profundización del capitalismo van de la mano con una tendencia al desmantelamiento de la industria, a la reducción cuantitativa de la clase obrera, a la agudización de su heterogeneidad interna y al debilitamiento de su peso estratégico en la sociedad. Al trasladarse la dinámica del crecimiento hacia actividades primario-exportadoras con alta renta diferencial y poca absorción de mano de obra, y hacia las actividades comerciales y de servicios, los sectores que aumentan su peso en la estructura, en cambio, son los desempleados, las capas vinculadas al empleo informal y las fracciones independientes de la pequeña burguesía. Desde el punto de vista estrictamente estructural, en consecuencia, las tesis mecanicistas sobre el desarrollo de la clase obrera y la potencialidad de transformación histórica que de éste se derivaría, se ven fuertemente debilitadas: ni la clase obrera crece su importancia, ni la crisis de este capitalismo está "a punto de producirse" como efecto de su propia reproducción.

Parece pues necesario indagar sobre la evolución real de la estructura social chilena, y reflexionar además sobre el problema de la constitución de un movimiento social antagónico al capitalismo en estas condiciones históricas. Aquí nos limitaremos básicamente a señalar algunos hechos derivados de un análisis estructural de las condiciones de la clase obrera y de cómo éstas se han visto modificadas en los últimos años, insinuando apenas algunos comentarios sobre la evolución reciente del movimiento sindical. Para ello centraremos nuestra atención en cuatro tipos de variables: i) la magnitud de la clase obrera; ii) su importancia en la generación del producto nacional; iii) su localización estratégica en el sistema económico; y iv) sus grados de homogeneidad o heterogeneidad interna. Diremos así que el peso de la clase obrera en la estructura económica es mayor cuanto más numerosa sea la masa de población obrera, mayor la participación de las actividades propiamente productivas (industria, minería, agricultura y construcción) en la generación del producto nacional, más centrales sean en el sistema económico los sectores o actividades que ocupan proporcionalmente mayor cantidad de obreros en sus producciones y más homogéneas sean las condiciones de existencia de estos últimos. La situación inversa señalará un peso menor de la clase obrera en la estructura económica. Como ya se ha señalado, nuestra conclusión es, justamente, que la clase obrera en Chile tiene un peso decreciente, y que ésta es una característica propia del actual estilo de desarrollo impuesto desde el Estado.

Si definimos la pertenencia a la clase obrera en base a la realización de trabajo productivo simple, remunerado bajo la forma salario, podemos tener una idea cuantitativa acerca del desarrollo de la clase obrera haciendo uso de la información censal o, en su defecto, de las encuestas de empleo. Desde 1930 a 1950, la clase obrera chilena alcanzó un espectacular crecimiento, como resultado de un proceso de industrialización expansivo que desarrolló principalmente los sectores productores de bienes-salarios, altamente intensivos en mano de obra (1). Este crecimiento moderó su ritmo en la década 1950-1960 y,

(1) La información proviene de SADIE, J.L. (1962), "Población y mano de obra en Chile", CELADE, D, 6/2, Mimeo, Santiago.

estadísticamente al menos, inició una declinación a partir de entonces. Parece claro, sin embargo, que esta declinación se acentuó notablemente en 1973 con la redefinición del estilo de desarrollo capitalista impuesta por el régimen militar.

Ahora bien, en esta fuerte contracción intervienen por su parte dos tipos de procesos sociales:

El primero es, obviamente, el proceso de urbanización, que ha hecho disminuir a casi la mitad la proporción de la fuerza de trabajo total empleada en la agricultura. Este es un proceso que, en principio, debiera aislarse de las modificaciones de peso relativo de las clases sociales agrarias y, por esta razón, no nos detendremos aquí mayormente en él.

Paralelamente a este fenómeno, sin embargo, se desarrollan a lo largo del período procesos que afectan a las relaciones sociales mismas en el campo: a saber, el proceso de Reforma Agraria masivo primero (1965-1973), y la reversión de ese mismo proceso posteriormente (1973-1980), bajo la forma de devoluciones de predios a sus antiguos propietarios y de parcelación individual de las tierras asignadas. Paradójicamente, estos procesos de signo opuesto se expresan en la agudización de las mismas tendencias desde el punto de vista del tamaño relativo de las clases más populosas en el campo: una acelerada caída de los obreros agrícolas, y un alza espectacular de los trabajadores por cuenta propia. La explicación se encuentra en el reducido número y extensión de las explotaciones agrícolas propiamente capitalistas, centradas exclusivamente en los cultivos de exportación del valle central (principalmente frutas) y en las actividades forestales, poco intensivas en mano de obra; y, por otra parte, en el regreso a formas no-asalariadas y temporarias de empleo, junto a la progresiva constitución de sectores de autosubsistencia a partir de la mano de obra expulsada (tanto del campo como de la ciudad).

Sin embargo, apesar de su gran importancia, la disminución de los obreros agrícolas no basta para dar cuenta de la disminución total de la clase obrera en relación al conjunto de la población activa: la disminución afecta también -aunque de modo más leve- al conjunto de los obreros no-agrícolas (y dentro de ellos, en particular, a los obreros industriales).

Esta disminución se explica también a partir de dos tipos de procesos: el primero, de carácter más global, es la terciarización creciente del empleo, que desplaza fuerza de trabajo del sector productivo (primario y secundario) principalmente al sector comercio y servicios. El segundo, que tiene que ver directamente con la estructura de clases al interior del sector productivo, es la reducción relativa de los obreros propiamente tales paralelamente al aumento relativo de otras categorías de trabajadores.

Frente a una disminución relativa en la cantidad de obreros del sector productivo, dos hipótesis pueden ayudar a la comprensión del fenómeno: por una parte podemos estar frente a un cambio tecnológico, ya sea por efecto de la introducción de innovaciones ahorradoras de mano de obra o simplemente por la relocalización de las inversiones que se desplazan desde sectores de baja composición orgánica del capital hacia sectores de composición orgánica elevada; o, por otra, simplemente a un cambio jurídico por el cual un conjunto de

trabajadores altera su estatuto legal aún cuando continúe realizando el mismo tipo de labores. La primera hipótesis indicaría un cambio que afecta directamente a la constitución de las clases; la segunda, en cambio, sólo una ficción jurídica frente al Estado.

Desde el punto de vista estadístico es difícil diferenciar directamente ambas situaciones; indirectamente, sin embargo, hay evidencia suficiente para sostener que, mientras la primera hipótesis parece ajustarse a la situación que se desenvuelve a partir de 1973 (en que la dinámica del sector productivo se ha trasladado desde las ramas que emplean una alta proporción de mano de obra hacia ramas que emplean contingentes muy pequeños de trabajadores), es la segunda hipótesis la que explica la disminución relativa de la segunda hipótesis la que explica la disminución relativa de la proporción de "obreros" entre 1960 y 1970: el paso de la categoría "obrero" a la categoría "empleado" (consecuencia de las modificaciones introducidas en esa época a los regímenes de previsión) es lo que tiene un mayor peso explicativo en esa reducción.

Dos clases de procesos se combinan, en consecuencia, para producir una importante disminución de la magnitud de la clase obrera chilena: los primeros son los procesos de carácter general que afectan la distribución sectorial de la fuerza de trabajo y que son típicos del desarrollo latinoamericano de la post-guerra, esto es, la urbanización y la terciarización. A estos se agregan, sin embargo, procesos que tienen que ver con la redefinición de las relaciones sociales a partir de la implementación de un nuevo estilo de desarrollo capitalista en Chile desde 1973, y en particular con la nueva segmentación de las dinámicas productivas originada por la irrestricta apertura externa de la economía: una reversión del proceso de Reforma Agraria que sin embargo no extiende las relaciones típicas del capitalismo industrial sino a una proporción ínfima de la población agrícola, y una competencia de importaciones que provoca una profunda crisis en el sector industrial con uso más intensivo del factor trabajo.

Ahora bien, como es sabido, la clase obrera se localiza en las actividades de producción de mercancías. La participación de estas actividades en el sistema económico condiciona su fuerza estructural: si ella se deteriora, en efecto, se debilita también la capacidad agregativa de las reivindicaciones obreras, su poder de presión sobre la economía del país y/o su capacidad de detenerla o hacerla funcionar aún a pesar de la oposición de otras clases.

La dinámica y configuración de la economía chilena en el período anterior (1940-1973) se caracterizó por el predominio creciente de la industria manufacturera, y por el deterioro relativo de la producción de bienes primarios (agricultura y minería). El peso del conjunto del sector productivo (las ramas agricultura, minería, industria y construcción) se mantuvo prácticamente constante, en un nivel equivalente a un tercio del Producto Geográfico. Desde mediados de la década del 50 el peso de la industria pareció estabilizarse, elevándose a la par el del sector servicios; evolución que corresponde al llamado agotamiento de la fase "sustitución fácil", y a las dificultades que enfrentó luego el esfuerzo por profundizar el proceso de industrialización.

El nuevo estilo de desarrollo ha significado la reversión de la casi

totalidad de las tendencias subrayadas para el período histórico anterior: las actividades propiamente productivas han experimentado un progresivo deterioro; dentro de ellas, se ha contraído la participación del sector secundario en beneficio del primario; y, paralelamente, las actividades de comercio y servicios se han incrementado espectacularmente.

La notable contracción del sector secundario obedece fundamentalmente a la caída de la producción industrial, el rasgo más sobresaliente -junto a la expansión de los servicios- de la reestructuración reciente de la economía nacional. Esta depresión no ha sido sin embargo uniforme: ella ha repercutido de un modo mucho más agudo en la pequeña industria. Asimismo, la depresión parece haber afectado con más fuerza a las agrupaciones industriales que no pueden competir con los bienes importados; mientras las competitivas (o productoras de bienes no transables) y las exportaciones, han logrado sortear parcialmente al fenómeno depresivo (1).

Los cambios descritos han tenido como efecto un estancamiento de la ocupación. Lo que aquí interesa, sin embargo, son las alteraciones en la estructura ocupacional, que pueden sintetizarse del modo siguiente: i) un incremento extraordinario del peso relativo del empleo en las actividades de servicios; ii) la ocupación productiva, por el contrario, ha decrecido fuertemente; y iii) al interior de esta última, se elevó la importancia relativa del empleo ligado a la producción primaria, lo que significa que los sectores más fuertemente golpeados por la caída de la ocupación han sido la industria y la construcción.

Tanto a nivel de la producción como del empleo, por lo tanto, el peso del sector productivo se ha resentido fuertemente en beneficio de las actividades de servicio (donde se esconde un contingente cada vez más importante del empleo informal); al interior del sector productivo, por su parte, lo que se ha verificado es una drástica contracción del peso de la industria.

La evolución de la magnitud de la clase obrera y de su aporte al producto indican, pues, un peso decreciente de la misma en la estructura económica. Pero el problema no se agota ciertamente aquí, tanto si se pretende sostener como discutir el argumento economicista del "peso creciente" de la clase obrera derivado de la propia definición del capitalismo como un sistema esencialmente productivista -y, más específicamente, industrialista-. Por que, en efecto, podemos suponer -teóricamente al menos- que aún cuando el número de obreros se vea reducido, aún cuando su aporte cuantitativo al producto decrezca igualmente, el papel de la clase sea cada vez más central: esto es, que de su función dependan cada vez más sectores de la economía y de la sociedad. Este supuesto fue también formulado por Marx en el sentido de que la socialización de las fuerzas productivas va sentando las bases materiales

[1] G. Campero y J.A. Valenzuela, "Transnacionalización de la economía y la sociedad: su impacto en la estructura y la estrategia del movimiento sindical chileno después de 1973. Primer informe de avance, estudio patrocinado por el ILET y PET-AHC, diciembre 1980.

para la superación del capitalismo; lo que equivale a decir, por la otra parte, que dicha socialización va sentando las bases del poder de la clase obrera (no sólo de su futuro poder estatal, sino también de su poder actual de lucha). Según esta formulación, por lo tanto, el poder de la clase obrera es cada vez mayor cuanto más interdependiente sea la economía; y, por su parte, mayor es la centralidad estratégica de la clase obrera cuanto más dependientes sean el resto de las actividades económicas respecto de las actividades en que ella se localiza.

Desde el punto de vista de la metodología aquí anotada, cabe decir por lo tanto que el peso estratégico de la clase obrera en la economía aumenta en la medida en que las ramas que ocupan una mayor proporción de obreros aumenten significativamente su peso estratégico. En caso contrario -es decir: si las ramas que ocupan una mayor proporción de obreros tienden a mantener o disminuir su peso, mientras las restantes lo aumentan- debemos concluir que la clase como conjunto pierde, desde el punto de vista estructural, centralidad estratégica. Ahora bien, es éste último el caso en Chile: la reestructuración del aparato productivo, y la traslación de las fracciones dinámicas del mismo, hacen que mientras los sectores que ocupan mayor cantidad de obreros mantengan su peso en la estructura relativamente constante, los sectores de mayor composición orgánica aumenten rápidamente su peso.

Esto induce a pensar que, desde el punto de vista estrictamente estructural, la autosuficiencia de los mayores contingentes del sindicalismo es cada vez menor; y cada vez mayor, en cambio, su necesidad de alianzas. Al mismo tiempo, cabría pensar que la heterogeneidad interna de la clase obrera se hace cada vez mayor; veamos este aspecto algo más detenidamente.

Cuando se habla de una "clase social" se hace referencia no sólo a una categoría analítica, sino a un agrupamiento social de agentes que comparten características básicas comunes y que actúan en la sociedad como una entidad diferenciable: esto depende en gran medida de la intensidad de las interrelaciones previstas entre quienes forman parte de ellas, especialmente en la esfera de la producción. Como dice Hobsbawm, la clase obrera constituye en este sentido el caso típico de una "clase muy clasista", en la medida en que el rol que desempeñan los obreros en la producción va unido a un alto grado de interrelaciones recíprocas, a una localización común, tanto desde el punto de vista físico (reunión de los obreros en un mismo local) como económico (bajo el mando de un mismo capital); lo que en otros términos significa que las condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera tenderían a una creciente homogeneidad. A la luz de la evolución económica reciente, sin embargo, tal afirmación no parece tener validez en el caso de Chile: el proceso que se desarrolla, por el contrario, apunta a una creciente heterogeneidad.

Desde el punto de vista de los salarios la heterogeneidad (que se da en el contexto de una caída general de sus niveles) se manifiesta en las desigualdades al interior de cada sector de actividad (industria, minería, etc.), tanto entre ramas como entre estratos de tamaño; donde unos grupos de obreros "pierden más" que otros en relación a sus niveles salariales históricos, con una brecha creciente entre empleados y obreros. Nada se puede concluir, empero, en el plano intersectorial: la información disponible indicaría que los sectores

de mayor nivel relativo en el escenario pre-73 han visto decrecer sus salarios en una proporción mayor que el resto, de lo cual podría llegar a deducirse una tendencia compensatoria hacia una gruesa homogenización "por abajo" en las remuneraciones de distintos sectores de trabajadores.

El estudio de otras variables que afectan los factores de cohesión de la clase obrera permite arribar a conclusiones muy similares a las señaladas para los niveles de salarios: los niveles de explotación de la fuerza de trabajo (y de su expresión inversa, que podríamos denominar de "rentabilidad" de la fuerza de trabajo para el capital) muestra en efecto también una tendencia general al alza entre 1973 y 1980. Por su parte, la cesantía tiene también un efecto diferencial según el tipo de sector y el tamaño de las instalaciones; proceso que se agudiza además por el hecho de que, en conjunto, en la economía chilena se verifica un proceso sostenido de disminución relativa del tamaño de los establecimientos que afecta principalmente, como es natural, a las ramas que se ven sometidas a la competencia de los productos importados (que eran, por otra parte, las que contaban con una mayor cantidad de establecimientos de tamaño mayor, es decir, de más de mil trabajadores).

Al igual que el "peso creciente" de la clase obrera en la estructura económica, la tendencia hacia una homogeneidad también creciente de sus condiciones de trabajo y de vida merece, en consecuencia, serios reparos en el caso chileno, al ser confrontada con la evolución histórica efectiva.

El nuevo enmarcamiento estructural de la clase obrera chilena y la dinámica del desarrollo capitalista bajo una estrategia económica como la impuesta por el Régimen Militar desde 1973, plantean en consecuencia serias dudas a la confianza ideológica en un movimiento obrero que se constituiría a partir de las propias condiciones de la reproducción capitalista. Con ello quedan puestas en duda también las estrategias que aspiran a fundar las bases del desarrollo del movimiento obrero principal o exclusivamente en la lucha económica.

Es significativo constatar, por otro lado, que es justamente a esta reducción reivindicacionista y corporativa a lo que apunta la institucionalidad laboral y la represión sindical del régimen. Las normas conocidas como "Plan Laboral", dictadas por el Gobierno Militar en 1979, son en este sentido paradigmáticas: constriñen la negociación colectiva a nivel de cada empresa, fomentan la formación de sindicatos paralelos y restringen al máximo el ámbito de competencia de las Federaciones y Confederaciones; y prohíben y reprimen todo intento de intervención de los sindicatos en los problemas que atañen al conjunto de la Nación.

Los intentos de conformación de un movimiento obrero gremialista que delega en otros agentes el ejercicio de la lucha política, ya sea a partir de una orientación conformista o contestataria, parecen sin embargo muy poco viables: ni un movimiento constatario puede afirmarse en una base económica que lo reduce y atomiza, ni un movimiento obrero conformista puede desarrollar se sobre una base económica demasiado precaria como para satisfacer mínimamente sus demandas.

El conjunto de circunstancias descritas parecen redimensionar, frente a las limitaciones de la razón economicista, un viejo tema del movimiento obrero chileno: el de su relación con la política y con el Estado. En el pasado, uno de sus rasgos distintivos fue precisamente su estrecha conexión con el Estado, en quien recaía un rol preponderante en la promoción del desarrollo, en la satisfacción de las demandas populares y en la resolución de los conflictos sociales. La relación del movimiento obrero con el Estado, a su vez, era mediada por los partidos políticos, por intermedio de los cuales difundía sus propuestas y de ese modo podía incrementar su influencia sobre el poder público (1).

La destrucción del sistema político democrático chileno, las modificaciones estructurales que en éste apretadamente se han descrito, la represión de que ha sido objeto y la legislación laboral vigente han conducido a una crisis del movimiento obrero chileno. Los signos de este fenómeno son múltiples. Desde el punto de vista organizativo, el número de sindicatos, así como la cantidad de afiliados, ha caído bruscamente entre 1973 y 1977 (último año para el que se dispone de información). Asimismo se ha roto la tradicional "unidad clasista" del sindicalismo chileno, hoy nucleado a nivel nacional básicamente en torno a opciones doctrinarias y políticas. Por último se verifica una aguda separación entre las bases y las directivas sindicales, como efecto de la "ineficacia" que mostrarían estas últimas -a los ojos de los socios- en la defensa de sus intereses.

En el curso de los años recientes, sin embargo, se ha llevado a cabo un lento proceso de reorganización y reestructuración del movimiento sindical. Su relación con los partidos políticos, no ha dejado de presentar tensiones: de una parte, los partidos buscan una relación orgánica con el movimiento sindical para alcanzar por su intermedio una vinculación con las bases sociales, y -como si los papeles del pasado se hubiesen invertido- una proyección nacional; de otra parte, el movimiento sindical parece no encontrar la función concreta a su relación con los partidos, una vez que éstos han sido desalojados de su rol de mediación con el Estado (a lo que se suma una evaluación crítica de lo que fue una relación de dependencia respecto a ellos en el pasado).

Parece claro, en cualquier caso, que el modelo oficial de un "sindicalismo gremialista" dejado a la suerte de las "leyes del mercado" no pasa de ser una aspiración ideológica del régimen, dado el tamaño, la trayectoria y el dinamismo de la economía chilena. La politización del movimiento obrero -resultado justamente de su debilidad en el mercado- parece pues inevitable, no importan las restricciones institucionales que se le impongan. El problema, más bien, reside en cómo se realizará la politización de un movimiento obrero que debe hacer frente a un orden estatal del que está excluido absolutamente y sin contar, al mismo tiempo, con la red de mediaciones que proveía un sistema político abierto.

Las observaciones anteriores conducen a pensar que la suerte del movimiento

(1) Guillermo Campero, "Tendencias Sindicales y participación desde 1973", Revista de Talleres N° 2, VECTOR, Santiago, 1981.

miento obrero chileno, y de su influencia en la sociedad, parece ligada a cuatro órdenes de renovación: en el plano ideológico, a una nueva lectura del desarrollo capitalista (y consecuentemente de la clase obrera) en Chile, que supere los estrechos límites del marxismo clásico; en el plano estratégico, a la ruptura con un "clasismo" que tiende a sectarizar el movimiento y a alejarlo del aporte de otros sectores populares (cada vez más numerosos en la sociedad chilena) al proyecto de cambio social; en el terreno estrictamente sindical, a la superación de un modelo de sindicalismo exclusivamente reivindicativo, circunscrito a las demandas económicas; finalmente, desde el punto de vista político, ello implica una ruptura con el sistema de delegación en los partidos (o en el Estado, según el caso) del quehacer político-ideológico. El modo cómo se realicen estos cuatro tipos de renovación, o las dificultades que ellos encuentren, determinará hasta qué punto el movimiento obrero chileno logra recuperar eficacia en la defensa de los intereses de los trabajadores y servir, al mismo tiempo, de palanca de un proceso de redemocratización.